



# ANCORA vista por dentro

El otra día, metido en tertulia, hubo quien, buenísimo, preguntó qué como si costaba sostener un semanario.

Pocas cosas hay en este mundo tan difíciles —contésté— y conste —le metí a renglón seguido para desvirtuar malas interpretaciones— que el autobombo vamos a dejarlo para más rentables ocasiones.

Existen, en primer lugar, varias clases de semanarios. Los de interés general que por lo regular son de postín, los únicos que se nutren y mantienen con cierta holgura. Después, los comarcales, cuyos temas afectan e interesan a un menor número de personas, y los cuales a su vez se subdividen en las dos siguientes clases: Los que se escriben por ganas de decir que uno escribe y cuyo papel, cara a la historia, sirve a las mil maravillas para envolver los paquetes que se reúnen en los archivos, y, los segundos, que bien o mal escritos demuestran sus redactores un afán y una inquietud totalmente disconforme con el típico no hacer nada y a la falta de visión que caracteriza a los núcleos que integran las pequeñas densidades.

## La cuadratura del círculo.

— Dejando, pues, aparte a los típicos papeles de envoltorio que en su inmensa mayoría se valen más de la tijera que de la pluma para su composición y redactado, pasemos a ocuparnos de las dos clases de semanarios que hoy realmente nos importan, que son unos los que viven de renta o que como diría José Plá cortan el bacalao, y los otros aquellos que, empezando por la cuestión económica, deben sus mantenedores aprenderse al dedillo la ciencia más difícil que consiste, nada más ni nada menos que llegar a descubrir la cuadratura del círculo.

## Semanarios de cuota.—

Son, dicho con perdón, con

perdón y con admiración, los que, individualmente hablando, requieren un menor esfuerzo. Desde el director al botones que abre y cierra la puerta todos tienen en la nómina su lugar y encasillado. Igual como el postinero encarga su traje a la última hechura, el director puede disponer cuando gusta de las mejores parkers porque don dinero es don dinero y con él es San Pedro el que canta.

Cuando de tiraje se trata, de mil a diez mil va una diferencia superior a los nueve de la fabla. Porque con mil cuesta tres y con diez mil cuesta uno. Por otra parte la publicidad es más cara y su logro mucho más fácil. Siguiendo la eterna ley de la vida, las facilidades las encuentra el señor que ya las tiene. En las redacciones de cuota todo quebradero es como una enfermedad aristocrática de la que uno cura en cualquier balneario tomando las aguas rociadas de vino.

**Nosotros los pobres.**— Y pobres de solemnidad, no tenemos más remedio que cargar con el despilfarro y la temeridad de haber alargado el brazo un tanto más que la manga.

Porque estas ocho páginas que usted lector tiene a la vista, nos cuestan cada semana el par de ojos de la cara, ya que con el uno que prescribe el refrán, ni con toda la voluntad, tendríamos bastante.

Y ya que usted, lector, puede sentirse curioso como el amigo de la tertulia quien, buenísimo preguntó qué como si costaba sostener un semanario, o deja de seguir leyendo si no quiere preocuparse, o entra de nuestra mano por la puerta del servicio que es, dicho sea entre paréntesis la única que tenemos, y también la que más directa conduce a la despensa de nuestros secretos y milagros.

## Buenos días tenga usted.

— Y sea, además, bienvenido. Que aquí cabe todo el mundo y tranquilo puede sentarse quien antes no olvida que ha de traerse la silla. Ya ve usted,

amigo lector, que primero porque no podemos y después por aquello de que resulta más barato cuando tenemos que marcharnos con la música a otra parte, hemos prescindido incluso del detalle de los muebles.

Sí, sí, ya sé lo que pensará. Que es mucho nuestro atrevimiento cuando enfáticamente escribimos aquello de que «llega hasta la mesa de esta Redacción, etcétera, etcétera». Aquí, como ve, cada redactor tiene la mesa en su casa, que ya es mucho. Y no sea tan mal pensado de creer que el plato de la comida hemos de sostenerlo sobre la rodilla.

**Ahí está el detalle.**— Precisamente porque, bien o mal algo comemos, es por lo que nuestro semanario no responde ni a los de usted ni a nuestros propios deseos. Sepa que un día en un consejo extraordinario de Redacción, que dicho sea de paso celebramos muy de tarde en tarde y siempre que en cualquier establecimiento público hallamos dispuestas unas cuantas sillas, nos ratificamos en el principio elemental de que sin comer nos moriríamos. Y más que por el hecho de morir en sí, nos preocupó la idea — y perdonen el orgullo— de que muertos nosotros difícilmente la ciudad hallaría otros tantos capaces de proseguir nuestra obra en estas condiciones.

## El movimiento continuo.—

Hoy, visto como está la vida, uno precisa de muchos pasos y sobretodo de muchas horas. Antes por lo menos a cualquier escribiente —que es a lo que todos nos dedicamos excepto cuando oficiamos de escritores— le quedaba el consuelo de enroscar la estilográfica a las siete de la tarde. Hoy la pluma, como otra cualquier herramienta, no para nunca.

Las noticias e informaciones que aparecen en este semanario las cazamos al vuelo los días laborables para ponerlas en solfa el domingo. ANCORA, pues, se escribe y compagina en los días de guar-

dar que para muchos —y que Dios se los conserve y a poder ser se los aumente son días de descanso.

Es el día que los redactores deben entregar sus originales al que hace las veces de mandamás. Luego éste, cuidadosamente los reúne y los distribuye en las secciones hasta donde los escritos alcanzan. Porque son muchas las semanas que después de reunir el material quedan todavía disponibles un par de páginas. Y es entonces cuando pocas horas antes de cerrar la edición empieza realmente la tragedia. ¿De qué escribir? Porque semanas hay que, como los pueblos felices que carecen de historia, aquí tampoco ocurre nada. Ni se ha puesto ningún ladrillo que valga un comentario, ni todas las semanas podemos hablar de cuanto no nos quieren hacer caso.

Hasta tanto no están reunidos los originales en nuestra mesa de Redacción — y dale con el mobiliario—, no sabe el mandamás los temas que son tratados. Y a lo mejor ocurre que el suceso más principal de la semana no ha sido visto por nadie. O a lo mejor nuestros redactores, corteses y educados, al tener que franquear la puerta de la noticia máxima con el «pase usted», «pase usted» resulta que no pasa nadie. Pero eso como les digo, ocurre en la noche del domingo que es cuando debe cerrarse la edición porque el lunes empieza..

.... **nuestro segundo problema.**— O sea el problema de la manipulación. Grande, pero grandísimo problema es ese de tener la Redacción en la ciudad y los talleres gráficos a doce kilómetros de distancia. Todas las observaciones deben hacerse por escrito, lo que supone un par de artículos más para indicar únicamente como debe compaginarse el semanario. Todo un lujo plumífero. La composición es a mano, y por tanto lenta. Lo que supone cerrar la edición a por lo menos tres

(Termina en la página 6)